



Mujeres para oxigenar la Iglesia

A 15 AÑOS DE APARECIDA, LA ASAMBLEA ECLESIAL RATIFICÓ QUE “PROMOVER EL ROL Y EL APORTE DE LA MUJER EN LA IGLESIA Y EN LA SOCIEDAD” ES UNO DE LOS DESAFÍOS PASTORALES PRIORITARIOS E INAPLAZABLES PARA EL PRESENTE Y EL FUTURO DEL CONTINENTE

ÓSCAR ELIZALDE PRADA

Es un hecho que la Iglesia, cada vez más, acentúa la necesidad de “involucrar a las mujeres de una manera particular al no relegarlas a roles subordinados o secundarios, permitiéndoles expresar libremente su rostro afectivo y material”, como pondera el *Documento para el discernimiento comunitario de la Asamblea Eclesial de América Latina y el Caribe*, que tuvo lugar del 21 al 28 de noviembre de 2021.

“¿Qué sería la Iglesia sin las religiosas y laicas consagradas?”, se preguntaba el papa Francisco a

inicio de febrero de este año, en vísperas de la Jornada Mundial de la Vida Consagrada. “No se puede entender la Iglesia sin ellas”, dijo. Los obispos en Aparecida reconocieron que “las mujeres constituyen, en general, la mayoría de nuestras comunidades, son las primeras transmisoras de la fe... deben ser atendidas, valoradas y respetadas” (DAP 455). Al destacar que “la mujer es insustituible” (DAP 456), la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano propuso algunas líneas pastorales en las que apostaba por

“impulsar la organización de la pastoral de manera que ayude a descubrir y desarrollar en cada mujer y en ámbitos eclesiales y sociales el ‘genio femenino’ y promueva el más amplio protagonismo de las mujeres”. Ello implicaba, también, “garantizar la efectiva presencia de la mujer en los ministerios que en la Iglesia son confiados a los laicos, así como en las instancias de planificación y decisión pastorales, valorando su aporte” (DAP 458).

A 15 años de Aparecida, la Asamblea Eclesial ratificó que “promover el rol y el aporte de la mujer en la Iglesia y en la sociedad” es uno de los desafíos pastorales prioritarios e inaplazables para el presente y el futuro de la Iglesia del continente. Tan necesaria es “una Iglesia que denuncie las injusticias, la explotación de mujeres, la violación y vulneración de los derechos humanos”, como la urgencia de dar paso al “acceso de las mujeres a roles de liderazgo o dirección en una Iglesia dominada por varones, cuando ellas son la gran mayoría del Pueblo de Dios, de las misioneras, religiosas, etc.”. Estos clamores emergieron durante la fase de escucha, antes de la Asamblea, en una consulta que se prolongó por cinco meses –entre abril y agosto de 2021– y que involucró a cerca de 70.000 personas de todo el continente, dando lugar a una sustanciosa *Síntesis Narrativa*.

Si bien se estima que hay una “conciencia creciente del rol de la mujer en la sociedad”, que se traduce en “el aumento de su participación en diversas esferas de la vida social”, así como en múltiples espacios al interior de la Iglesia donde hay “respeto e igualdad de opciones en relación a los sacerdotes y obispos”, y donde se valora la “participación de la mujer en instancias eclesiales, como dar la comunión, leer el Evangelio, animar retiros, conversatorios, catequesis, trabajo pastoral y muchos otros ministerios”, sigue siendo un lugar común que muchas mujeres sienten que “no se ha dado igualdad de oportunidades y derechos”, a pesar de que “son las que más se entregan en el trabajo pastoral de evangelización”,



permaneciendo “excluidas de los ámbitos de decisiones, tanto eclesiales como sociales”.

Con todo, prevalece el espíritu propositivo y esperanzador que permeó la Asamblea Eclesial, donde las mujeres representaron el 32% de los participantes, es decir, 355 de los 1104 asambleístas fueron mujeres (ver gráfica). En la práctica, a pesar de las dificultades, un nuevo aire está llegando a las comunidades eclesiales a través de las mujeres. Ellas son el pulmón de la Iglesia, ellas oxigenan la Iglesia.

Maricarmen Bracamontes, teóloga y religiosa mexicana, estima que “para algunas personas que han permanecido fieles a la Iglesia, tanto la Asamblea como el Sínodo representan una esperanza y responden a su anhelo de una Iglesia que realmente escuche y trate a todos sus miembros de acuerdo a su dignidad bautismal”. Sin embargo, también “existe el riesgo de la desilusión y del desencanto si no →

MARICARMEN BRACAMONTES: “EL SÍNODO RESPONDE AL ANHELO DE UNA IGLESIA QUE TRATE A TODOS DE ACUERDO A SU DIGNIDAD BAUTISMAL”



→ se ven resultados concretos que respondan, aunque sea parcialmente, a sus anhelos”.

MOCIONES DEL ESPÍRITU

¿Por dónde pasan los procesos de renovación o, si se quiere, las mociones del Espíritu, para asumir los signos de los tiempos con relación a la participación y al reconocimiento de la mujer en la Iglesia?

“El Espíritu está gimiendo para que se reconozcan las aportaciones, los carismas de las mujeres, que son muchos e indispensables para que seamos realmente Iglesia”, afirma la religiosa benedictina, lamentando que en muchas oportunidades “esos carismas y aportaciones han sido negados, silenciados, descartados”. Por eso, continúa, “los procesos de renovación, las mociones de la *Ruah* divina que recrea todas las cosas, pasa, necesariamente, por escuchar

la voz de las mujeres y reconocer, profundizar, enriquecer y actualizar la teología con las contribuciones que han venido aportando desde hace años las mujeres en las teologías feministas y demás ramas de las ciencias en su conjunto. Pasa, también, por los grupos de mujeres que se reúnen a reflexionar en la Palabra de Dios con una lectura liberadora que les ayuda a descubrir la brecha que existe entre el mensaje de Jesús para ellas y las prácticas opresivas y excluyentes en muchas instituciones religiosas”.

Los vientos de renovación también soplan desde el mundo secular. **Isabel Corpas de Posada** recuerda que “los movimientos de mujeres del siglo pasado abrieron la puerta a una nueva presencia en los espacios públicos. Gracias a sus reclamos por el lugar que la historia les había negado –silenciándolas, invisibilizándolas, menospreciándolas y encerrando-

las en el espacio doméstico– muchas mujeres pudieron y hemos podido pensar por nosotras mismas en lugar de ser pensadas por los hombres; hacer presencia en la construcción de la sociedad sin necesidad de pedir permiso”.

En Colombia, Corpas de Posada tiene el mérito de ser la primera doctora en teología laica, con todo lo que ello ha representado a lo largo de su trayectoria en facultades de teología donde tradicionalmente solo los clérigos ejercían la docencia y la investigación. “Hay que reconocer que ha habido cambios, pequeños cambios, en nuestra Iglesia con relación a la participación y al reconocimiento de las mujeres, nombramientos significativos”, anota, al recordar que “el motu proprio *Spiritus dominus* eliminó la palabra ‘varones’ del canon 230, numeral 1, del Código de Derecho Canónico, para admitir el acceso de mujeres a los ministerios instituidos de acolitado y lectorado, pero ministerios laicales e insistiendo en la diferencia radical entre estos y los ministerios ordenados: para evitar confusiones”.

“El Espíritu actúa, pero tropieza con la formación de los hombres de Iglesia en el temor y el desprecio hacia las mujeres que, desde tiempos inmemoriales, han recibido. Por eso es difícil para ellos admitir su presencia. Prefieren mantenerlas en ‘su lugar propio’ y resaltar el estilo propio de su impronta femenina, que es una preocupación que recorre los documentos del magisterio eclesial”, explica la teóloga colombiana, convencida de que “los cambios tendrán que

venir desde las periferias, con nuestra actividad pastoral, nuestra insistencia en reclamar el lugar que se nos niega y nuestra parresia para seguir y seguir insistiendo”.

UNA IGLESIA CON ROSTRO DE MUJER

Gloria Liliana Franco Echeverri, presidenta de la Confederación Latinoamericana y Caribeña de Religiosas y Religiosos (CLAR), sostiene que “las mujeres en la Iglesia, como Pueblo de Dios, estamos llamadas a ser portadoras de libertad y eso encarna un nuevo modo de relación; sujetos con identidad, vocación y derechos y ello supone reconocimiento y valoración”. En este sentido, subraya que “la Iglesia tiene rostro de mujer”, toda vez que “las asambleas, los grupos parroquiales, las celebraciones litúrgicas, los ministerios apostólicos de las comunidades, la calidad de la reflexión y la calidez de la entrega de la Iglesia se teje mayoritariamente, en el vientre de las mujeres”.

La presidenta de la CLAR argumenta que, definitivamente, “la Iglesia es femenina, y eso no excluye a los varones, porque en todos, varones y mujeres, habita la fuerza de lo femenino, de la sabiduría, la →

ISABEL CORPAS: “EL ESPÍRITU ACTÚA, PERO TROPIEZA CON LA FORMACIÓN DE LOS HOMBRES DE IGLESIA EN EL TEMOR HACIA LAS MUJERES”



Isabel Corpas



Gloria Liliana Franco



Maricarmen Bracamontes

El impacto de la pandemia en las mujeres latinoamericanas y caribeñas

El Centro de Gestión de Conocimiento del Celam, en convenio con la Unión mundial de organizaciones femeninas católicas y el Observatorio mundial de las mujeres, ha publicado a finales de 2021 el *Estado de situación sobre el impacto del Covid-19 en las mujeres de Latinoamérica y el Caribe*. El informe –a modo de ‘estado del arte’–, ha sido elaborado por **Ada Ferreira** y **Patricio Caruso**, bajo la coordinación de **María de Lourdes Espinoza**, con el propósito de recopilar y analizar los principales y más recientes trabajos técnicos y de investigación que abordan los efectos de la pandemia –desde el momento de su irrupción, en febrero de 2020, hasta mediados de

2021– sobre este significativo grupo poblacional en la región, que corresponde al 50,82% (335.313.058), según los indicadores demográficos interactivos de la Comisión Económica para América Latina y el Caribe.

El empeoramiento de la calidad de vida de las mujeres en el continente ha sido el denominador común de los estudios consultados, constatándose así la agudización de las históricas inequidades sociales, económicas y culturales vinculadas a ellas, tal como se expresa en el incremento de la violencia de género que ponen en riesgo su seguridad y protección integral. En ciudades como Buenos Aires, entre

abril y septiembre de 2020 aumentó un 32% las denuncias por violencia de género, mientras que en Bogotá los feminicidios durante el confinamiento crecieron un 8,6%.

Los estudios también evidencian otros efectos de la pandemia que agravaron la situación de las mujeres latinoamericanas y caribeñas en varios ámbitos: desigualdad de género y deterioro de la autonomía económica –como consecuencia de la precarización laboral y la reincidencia en prácticas discriminatorias–; mayor exposición a los impactos del COVID-19 en su salud física y mental ante la restricción y denegación de su derecho a la protección de la vida y la integridad; incremento de la

brecha digital para acceder a la educación y al teletrabajo; empobrecimiento y falta de acceso a recursos de cuidado e higiene; y profundización de las desigualdades en grupos de mujeres especialmente vulnerables, entre quienes se encuentran las migrantes, las indígenas, las afrodescendientes, las que viven en zonas rurales, y las que tienen hijos con discapacidades.

De cara a estos hallazgos, el informe sugiere tres vías para responder a los sufrimientos y a las angustias de las mujeres en la región, que coinciden con las enseñanzas de la Iglesia y estimulan la creatividad pastoral en cada uno de los países del continente. En

primer lugar, es necesario erradicar todas las formas de violencia contra la mujer para instaurar en la práctica la igualdad dignidad entre el hombre y la mujer. La segunda recomendación estriba en la aplicación y promoción del principio de solidaridad y el cultivo de los vínculos comunitarios donde se destaca el rol de las mujeres. Finalmente, es preciso generar una cultura del cuidado, en la que el liderazgo femenino es históricamente notorio, como nueva forma de ejercicio de la ciudadanía.

Si bien sobresale el impacto negativo del COVID-19 en el agravamiento de las difíciles condiciones de salud, desarrollo e integridad que las mujeres vienen

experimentando en América Latina desde antes de la pandemia –en parte por la ausencia de políticas estatales de contención, prevención y promoción–, no han sido pocas las expertas consultadas que coinciden en el papel crucial de la Iglesia en la capitalización de experiencias y trayectorias de marcada resiliencia ante la emergencia actual, por parte de las mujeres, que continúan estimulando la generación de respuestas pastorales adecuadas al incremento de los sufrimientos y las discriminaciones que las afectan. Apremia una Iglesia samaritana, misericordiosa, que asuma su misión del lado de la mujer, a favor de sus derechos y dignidad. ●

→ bondad, la ternura, la fortaleza, la creatividad, la parresia y la capacidad de dar la vida y enfrentar las situaciones con osadía”. En efecto, para muchas teólogas latinoamericanas es altamente representativo que la palabra griega *Ruah*, espíritu, sea femenina.

En la actual coyuntura eclesial, tras la realización de la Asamblea Eclesial y de cara al Sínodo de la Sinodalidad, Franco Echeverri considera que “todos estamos llamados a ser vientre, casa, caricia, abrazo, palabra...”, porque “una Iglesia femenina tiene la fuerza de la fecundidad, esa que le viene dada por la *Ruah*”. Una Iglesia que palpita al ritmo de “lo femenino” es una Iglesia con amplias perspectivas de renovación y ello implica tomar en serio algunos itinerarios prioritarios, como propone la religiosa:

– *La persona de Jesús y el Evangelio son quienes convocan.* El encuentro es para hacer memoria y actualizar el compromiso en la consciencia de ser enviados, discípulos misioneros. En ella, se hace lectura de fe de los hechos y el discernimiento está a la base de cualquier proceso o acción.

– *La inclusión y la participación en la toma de decisiones brotan de la consciencia de la identidad de Pueblo de Dios* y, por el bautismo, portadores de la misma dignidad.

– *La opción por el cuidado de toda forma de vida es la opción por el Reino.* Se propende por la construcción de comunidades en las que se tiende

GLORIA LILIANA FRANCO: “UNA IGLESIA QUE PALPITA AL RITMO DE LO FEMENINO ES UNA IGLESIA CON AMPLIAS PERSPECTIVAS DE RENOVACIÓN”

naturalmente a levantar al caído, a curar las heridas, en la que hay lugar para el desheredado, y se trabaja por la dignidad humana el bien común, por los derechos de las personas y de la tierra.

– *Un nuevo modo relacional hace posible una nueva identidad: más circular, fraterna y sororal.* Con nuevas ministerialidades, en la cual se tejen relaciones de solidaridad y cercanía. El vínculo se establece más allá de lo jerárquico y lo funcional, en ese espacio existencial llamado comunidad y en el que todos se sienten humanos-hermanos.

– *Se cree en el valor de los procesos, se prioriza la escucha y se reconoce que la fecundidad es fruto de la gracia,* de la acción del Espíritu, único capaz de hacer nuevas todas las cosas.

En un tiempo crucial para la revitalización de la Iglesia latinoamericana y caribeña, el Espíritu sigue soplando en medio del Pueblo de Dios, con hálito femenino, para evocar, una vez más, que “al llegar la plenitud de los tiempos, Dios envió a su Hijo, nacido de mujer (...) para que recibiéramos la condición de hijos” (Ga 4,4). ¡Todos somos hermanas y hermanos! ●

